

## EL NARCOTRÁFICO, O QUÉ HACER CUANDO LA SOLUCIÓN ESTÁ EN OTROS

**S**E SUELE HABLAR MUCHO DEL narcotráfico como si fuera un problema colombiano. Nuestras series y nuestros medios nos han acostumbrado a vernos así. ¿Pero lo es? Cuando una persona es obesa, ¿decimos acaso que la culpa es del chocolate y de los campesinos que cultivan el cacao? Como sucede con la obesidad, el problema del narcotráfico solo podría resolverse si se eliminan las causas profundas que hacen que una persona tenga una mala dieta o consuma comida en exceso. Por eso la primera pregunta que hay que hacerse con respecto al narcotráfico es simplemente: ¿qué tan grande es el problema en el lugar donde se origina la mayoría de la demanda global, esto es, en Estados Unidos?

Hay cifras que permiten hacerse una idea. Diversos documentos, entre ellos el *Reporte sobre Alcohol, Drogas y Salud* en 2016 de la Oficina del Cirujano General de Estados Unidos, permiten saber que en ese país hay 27 millones de adictos a drogas ilegales (es decir, más de la mitad de la población colombiana), que suman cerca del 10% de su población mayor de 12 años. Otras cifras confirman que las adicciones son un problema sistémico de la sociedad estadounidense, como el hecho de que haya 66 millones de alcohólicos, o que una persona muera por una sobredosis de heroína cada 19 minutos. Las drogas son la primera causa de muerte entre menores de 50 años.



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

El problema es tan grande que llega a afectar los indicadores macroeconómicos. Y no por lo que cuestan las drogas, pues a pesar de que los estadounidenses gasten cada año alrededor de 110 mil millones de dólares en drogas ilegales (40 mil millones solo en marihuana), el gasto en bebidas alcohólicas es el doble. La razón real son las consecuencias sociales de las drogas. En julio de 2017, un senador le preguntó a Janet Yellen, directora de la Reserva Federal, sobre la discrepancia entre el moderado ritmo de contratación y la gran cantidad de empleos vacantes. Aparte de mencionar otras razones más “clásicas” sobre por qué la tasa de participación se mantiene baja (como la falta de entrenamiento en nuevas tecnologías, el *outsourcing* o los salarios poco atractivos), Yellen habló de la epidemia de drogas, y en particular de los opiáceos, y refirió tres factores: muchos adictos jóvenes no terminan su educación, lo que impide su capacitación; otros se apartan del mercado laboral, y muchos más mueren, bien sea por suicidio o sobredosis. Y todo esto es habitual en comunidades ya deprimidas económicamente, lo que refuerza el ciclo de miseria.

Habría que preguntarse que eso tiene poco que ver con la mayoría de las noticias que leemos sobre narcotráfico en Colombia, en las cuales se asume que es un problema colombiano; una mitología que nosotros mismos perpetuamos como televidentes y lectores. De hecho, las noticias sobre Colombia están tan desfasadas que

se suele hablar de cocaína, pero hoy el problema principal es la heroína, tanto en Estados Unidos, como en Europa y Colombia. No es que la cocaína haya dejado de ser un problema de salud, ya que a pesar de tener “solo” un millón y medio de usuarios en EE.UU. sigue siendo la segunda causa de muerte por sobredosis. Pero la heroína es un problema mucho mayor y una droga muchísimo más destructiva que la cocaína, tanto individual como socialmente.

Colombia está catalogada como una productora mayor de heroína, al igual que México (aunque sea en Afganistán donde se produce hasta el 90% de la heroína del mundo). Pero a diferencia de lo que sucede con la cocaína, no parece haber estadísticas confiables ni claridad en las informaciones.

El reporte sobre Colombia de la Oficina de Naciones Unidas contra las Drogas y el Crimen de 2016 habla de 595 hectáreas de amapola cultivadas en este país. Eso es casi nada si se compara con las 146.000 hectáreas de coca mencionadas en ese mismo reporte. De hecho, algunas fuentes afirman que Colombia es el primer proveedor de heroína en la costa este de Estados Unidos, pero eso no se compagina ni con el tamaño de los cargamentos detenidos, ni con el tamaño de las organizaciones criminales. Según el artículo de *El Tiempo* “Así se mueven las redes de la heroína” (21 de mayo de 2012), las autoridades colombianas sabían ya en 2012 de 28 “mini-cárteles”, con unas 15 personas cada uno, que movían casi todo el tráfico de heroína del país. Y no queda sino preguntarse, ¿de verdad? ¿Poco más de 400 personas vuelven a Colombia un productor mundial de heroína?

Es en las cifras donde empieza a desnudarse la triste verdad de la guerra contra la droga: es una guerra con muertos reales por una riqueza también real, pero sus objetivos parecen ser

estrictamente mediáticos y manipulativos. Al parecer, ya que no hay voluntad política para hacer las grandes inversiones y transformaciones sociales que requeriría una lucha efectiva contra su consumo, se prefiere declarar una guerra inútil allí donde se produce. Se sacan entonces fotos de laboratorios quemados y filas de criminales atrapados, generalmente de poca monta, y así se convence a los ciudadanos de que sus gobiernos “están haciendo algo” contra el problema de las drogas.

Si hay una constante en la guerra contra las drogas es que las cifras no cuadran con el discurso. En Colombia resulta difícil separar los costos de la guerra contra las drogas y del conflicto armado, pero en México esta guerra

no tiene un disfraz tan conveniente y se calcula que allí ha causado alrededor de 150.000 muertos en los últimos 15 años (lo que es más de dos veces el número de soldados estadounidenses muertos en

De hecho, las noticias sobre Colombia están tan desfasadas que se suele hablar de cocaína, pero hoy el problema principal es la heroína, tanto en Estados Unidos, como en Europa y Colombia.

Vietnam o 20 veces el número de esos soldados fallecidos en Irak y en Afganistán sumados). Aun así, el actual presidente de EE.UU. afirma que México no hace lo suficiente por combatir el tráfico. También se habla del inmenso poder económico de las drogas, pero eso no se compagina con el flujo de ese dinero, pues la enorme mayoría de este se hace y se queda en Estados Unidos, en lugar de devolverse a países como Colombia. Los campesinos colombianos que cultivan coca reciben entre 700 y 2.000 dólares por las hojas necesarias para elaborar un kilo de cocaína. Ese mismo kilo ya cuesta 20.000 dólares al llegar a México y puede venderse al menudeo en unos 150.000 dólares en Nueva York. La consecuencia es obvia: como han denunciado múltiples investigadores, y resaltó ya la película *Traffic* (2000) de Steven Soderbergh, la mayoría de los millonarios del narcotráfico vive en Estados Unidos, pero

pocos de ellos son enjuiciados y menos aún condenados. Aunque el sistema carcelario de EE.UU. está lleno a rebosar de personas que han cometido crímenes relacionados con las drogas y de hecho es el país con más porcentaje de su población en cárceles

(al tener 22% del total de prisioneros del mundo con solo 4% de la población global, en parte también porque la privatización de las prisiones las ha vuelto otro negocio que hay que mantener), lo que abunda en esas cárceles son los peones, pero son muy escasos los alfiles, y para tener algún que otro rey del narcotráfico parecen depender de que otros países les envíen alguno en extradición.

La realidad que Colombia debe afrontar es que el problema del narcotráfico es ante todo un problema de Estados Unidos, y que mientras no se enfrente allá, donde se genera la mayor demanda, no va a desaparecer. Hoy por hoy es un problema sistémico de la sociedad estadounidense, y en sus causas se mezclan desde la filosofía social (como la prédica de la evasión o la idea de que la infelicidad puede solucionarse con el consumo de productos, y en la cual las drogas solo son una alternativa más) hasta los problemas estructurales de sus sistemas económico, político y de salud (para dar solo un ejemplo, las compañías farmacéuticas son en parte responsables de la actual crisis de opiáceos, pues muchas personas se “engancharon” con productos opiáceos legales durante una época en que el lobby farmacéutico los publicitaba hasta para el dolor de cabeza común, y de allí, al no poder conseguirlos luego de manera legal, pasaron a las drogas ilegales, terminando en la heroína).

Colombia no debe seguir cayendo en el juego de la culpabilización que le han colgado desde hace décadas, a la vez que EE.UU. evita el problema de combatir el narcotráfico allí donde se consume. Hemos puesto ya los suficientes muertos y recursos luchando contra

No estamos en una posición débil, sobre todo si nos seguimos acercando a otras naciones latinoamericanas, por más que buena parte de nuestras elites traten de convencernos de que debemos agradecer cualquier limosna (incluso equipos obsoletos) que quieran darnos.

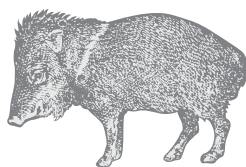
el narcotráfico y, más allá de los imaginarios divulgados por los medios, ni siquiera económicamente la droga ha sido rentable para el país. Dada la ingente cantidad de recursos que se gastan en combatirla, apenas “ha sido negocio” para los criminales que la

exportan y los que blanquean sus ganancias, los políticos corruptos a su sombra y miles de campesinos pobres a los que el Estado podría ofrecerles otras opciones con el dinero ahorrado al dejar de combatirla. De hecho, el cultivo de coca está evaluado por la ONU en alrededor del 0,3% del PIB colombiano, pero solo las ventas de flores y frutas representan 20 veces esa cantidad, y, a diferencia de la coca, no hay que gastarse una cantidad casi igual combatiendo su cultivo. Entonces, ¿para qué combatirlo? ¿Por qué seguir peleando contra el narcotráfico? ¿Por qué no legalizar?

En principio, la legalización tendría muchísimo sentido para Colombia, pues buena parte de los fenómenos del mercado ilegal (como los asesinatos, o el dinero sucio y no declarado que lo permea todo) se reducirían al mínimo posible, y el Estado tendría una nueva entrada de impuestos en lugar de un pozo de gastos sin fondo. No así para EE.UU., a menos que allí también se legalizara. Si Colombia legalizara las drogas, pero Estados Unidos no, es posible que la peor violencia se trasladara al país del norte. Después de todo, ya pasó una vez: durante la prohibición del consumo de alcohol, Al Capone reinó en Chicago. Y no es casual que esa ciudad esté cerca de la frontera de Canadá, donde el consumo de alcohol era legal. La violencia generada por las sustancias ilegales parece ser siempre peor en el punto de entrada al mercado ilegal, pues se pelea por controlar el flujo desde donde cuesta menos hasta los sitios donde costará más. Ley de la ganancia óptima, en la tradición del capitalismo más puro.

Pero ¿entonces qué puede hacer Colombia? Ante todo, darnos cuenta de que no estamos

en la misma situación que hace veinte años. Hoy Colombia tiene para Estados Unidos más importancia que España como socio comercial y somos un mercado aun más importante para vender sus exportaciones, pues estas cada vez tienen más competidores. No estamos en una posición débil, sobre todo si nos seguimos acercando a otras naciones latinoamericanas, por más que buena parte de nuestras elites traten de convencernos de que debemos agradecer cualquier limosna (incluso equipos obsoletos) que quieran darnos. Frente al problema del narcotráfico, Colombia debe negociar con Estados Unidos, pues solo por medio de una negociación las dos naciones podrían buscar una solución óptima frente a un problema que las afecta a ambas, pero nunca debe suplicar. Estados Unidos debe comprometerse a hacer frente a su ingente problema de consumo con objetivos medibles y comprobables, si desea que Colombia siga poniendo más muertos y recursos para combatir el narcotráfico. Y si las negociaciones fracasan, o si Estados Unidos no cumple con lo acordado o se retira (tal como sucedió con el Acuerdo de París y el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica), Colombia tendrá aún a su disposición la última posibilidad para resolver la mayoría de sus propios problemas con el narcotráfico: la legalización. Pero sea como sea, el problema del narcotráfico debe tener un objetivo hacia el cual avanzar, en lugar de ser una llaga permanente sin cura a la vista. No podemos seguir desangrándonos eternamente por un problema que no se resolverá hasta que otros países enfrenten sus propios procesos de descomposición social de una forma tan decidida como nos piden a nosotros que enfrentemos a los narcotraficantes. **U**



## { Novedades }

*Algo me dice que no estás*  
Jaime Restrepo Cuartas  
Hilo de Plata Editores  
Medellín, 2017  
338 p.



*El resto de la vida*  
Carlos Agudelo Montoya  
Hilo de Plata Editores  
Medellín, 2017  
92 p.



*La distracción*  
Javier Naranjo  
Editorial Universidad  
de Antioquia  
Medellín, 2017  
76 p.

